

INSTITUTO LATINOAMERICANO
DE PLANIFICACION ECONOMICA
Y SOCIAL

Santiago de Chile, diciembre 1971

Circulación restringida

INMOBILIZADA

A Diego Cedeñal
con un libro y
feliz año *72*

BIBLIOTECA



CENTRO UNIVERSITARIO
DE INVESTIGACIONES
BIBLIOTECOLOGICAS

LOS PROBLEMAS DEL LIBRO Y EL DESARROLLO
DE AMERICA LATINA

Conferencia pronunciada por Francisco Giner de los Ríos,
Director a cargo de la Secretaría y Director del Programa
de Publicaciones del Instituto Latinoamericano de Planifi-
cación Económica y Social (ILPES) en el Centro Regional
para el Fomento del Libro en América Latina

(Bogotá, Colombia, 3 de diciembre de 1971)

Cuando el Dr. Jaime Villegas me invitó hace unas semanas a pronunciar esta conferencia en el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina tuve dos reacciones: una de interés verdadero y otra de duda. ¿A qué obedecía la primera? A que como constante aprendiz de escritor —y hasta de rui señor, según dijo Antonio Machado— el libro y sus problemas me han apasionado siempre y en igual medida como editor y hombre de imprenta, que he sido y quiero seguir siendo. Pero la duda también se planteó en seguida. Mis ya largos años con la CEPAL primero y luego con el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social han contribuido a que se me confunda en mis oficios y se me considere economista. En no pocas ocasiones y en varios países latinoamericanos le han preguntado a este funcionario de las Naciones Unidas si era pariente del poeta Giner de los Ríos. Y en la sonrisa de la respuesta he escondido cierta tristeza no del todo resignada.

Como no soy economista ni ha llegado a contagiarme nunca mi trabajo de veinte años en estos organismos internacionales, consulté mi duda con don Raúl Prebisch, Director General del Instituto. El me animó a enfrentarme con la tarea que se me pedía, aconsejándome que planteara los problemas del libro en América Latina tal y como los veo, como yo soy. Por eso, quiero anunciar a ustedes dos cosas más: primero, que las reflexiones que siguen se hacen a título enteramente personal y no comprometen para nada los puntos de vista de la organización en que transcurren mis trabajos y mis días; segundo, que no sé si defraudaré a los organizadores de este curso, pues mis incursiones en el campo económico serán muy prudentes —así lo espero— y mi posición frente al desarrollo latinoamericano —donde quiero insertar los problemas del libro— es la de cualquier ciudadano de esta parte del mundo que vive su tiempo. No me cabe duda de que el tiempo nuestro es el tiempo del desarrollo económico y de que éste ofrece el camino más seguro para superar la confusión y el bloqueo en que nos debatimos y para lograr —con el menor costo social posible— los grandes cambios que se requieren en nuestros países.

/Antes de

Antes de entrar en materia, deseo manifestar mi sincera alegría por el hecho de que este Centro Regional del Libro sea ya una realidad y esté en pleno funcionamiento. A mi buen amigo Heriberto Schiro, con quien tanto he discutido en Santiago las medidas que llevaban a su creación, le constan mi entusiasmo por la que entonces era sólo una idea y mi convicción sincera de que el Centro respondía —y debe responder con su acción— a necesidades que son muy hondas en toda América Latina. Creo que la iniciativa de la UNESCO y el apoyo y la hospitalidad materiales que le ha dado el Gobierno de Colombia tienen singular importancia para nuestra cultura. En la Reunión de Expertos sobre el Fomento del Libro en América Latina, celebrada en Bogotá en septiembre de 1969, no sólo surgió este Centro, que tanto puede servir los intereses de esa cultura, sino que se trazó un verdadero programa de acción que es importantísimo llevar a la práctica con decisión y con eficacia. Me parece que este curso en que me toca participar, y cuyo contenido conocí anoche a mi llegada a Bogotá es un buen comienzo de ese programa de acción. No deja de ser significativo —y quiero subrayarlo en forma sencilla, sin ánimo retórico, con emoción desnuda— que el esfuerzo regional en pro del libro se haga desde esta tierra colombiana, tan llena de espíritu bolivariano, es decir, tan dispuesta desde su origen mismo a los designios de la integración. Y si el sueño político de una América unida del gran Libertador no pudo realizarse como tal, este siglo nuestro quizá lo alcance a ver en la realidad necesaria del mercado común latinoamericano.

En aquella reunión de expertos el Ministro de Educación de Colombia señaló algo en que me parece residir el fondo verdadero de lo que buscamos. Dijo entonces el señor Arizmendi Posada que "en el mundo de hoy hay una palabra mágica: integración. Pero se ha creído que era posible integrar la producción y distribución de bienes materiales sin crear la infraestructura espiritual de la integración, que se mueve precisamente en los planos de la cultura".

/La infraestructura

La infraestructura espiritual. Ya era hora de que la infraestructura, referida en el desarrollo económico a tantos campos, recibiese ese adjetivo originado en la cultura y en el espíritu. Falta mucho camino por andar en materia de integración latinoamericana, pero no es escaso el recorrido que ya hemos andado, por lo menos en lo que se refiere a la promoción de una conciencia integracionista en nuestros países. Tanto la ALALC en un ámbito general —por desgracia, con lentitud y sin la firmeza que querría verse en ella— como el Mercado Común Centroamericano y el Pacto Andino en marcos subregionales, son procesos vivos y es de esperar que irreversibles hacia la integración económica de la región entera. Sin embargo, algo se echa de menos en esos movimientos, aparte las decisiones políticas que les presten eficacia final. Faltan precisamente muchas de las bases materiales de sustentación. No se trata tan sólo del comercio regional o subregional, de la lenta y laboriosa negociación de productos que se lleva adelante con mayor o menor éxito. Se carece —hablo en general— de la infraestructura en que sostener esos mercados comunes. No hay transporte suficiente, no existen vías de comunicación y las industrias de integración que se está intentando montar no pueden complementarse por falta de esas bases. Repito que señalo esto en un plano de generalidad porque son evidentes para todos muchas grandes realizaciones fronterizas en materia de infraestructura.

Si los obstáculos materiales son graves en sí mismos y frenan la marcha hacia la integración, ¿cómo no preguntarse de inmediato por herramientas de otra índole que la harían posible: por el libro, por la revista, por el periódico de un país que no llega a los demás países de América Latina? ¿Cómo concebir la integración sin comunicación entre nosotros, sin conocimiento mutuo de nuestros problemas, sin intercambio de experiencias en el campo de la ciencia y de la cultura, sin verdadero diálogo? Ya es grave indicio que los grandes escritores de Colombia —y digo Colombia porque aquí estamos, pero el fenómeno también es general— sólo sean conocidos en el resto de América Latina por unos pocos iniciados y especialistas y aun así con dificultades de acceso a sus libros, que no circulan apenas fuera de sus fronteras. Mucho más

/importante es

importante es todavía que no sepamos a fondo de la realidad económica y social de éste y otros países, que no podamos enterarnos de ellos por falta de comunicación, y porque los estudios que se hacen aquí o allá no llegan fácilmente a manos de quienes los necesitan. Sin diálogo no puede encontrarse la luz y el diálogo no es posible más que si se dispone de medios para mantenerlo.

¿Cómo integrarnos sin conocernos? ¿Cómo conocernos sin integrarnos? No sé si estoy proponiendo una especie de círculo vicioso al plantear estas dos preguntas, pero creo que no es así. Las respuestas posibles parten de un mismo supuesto: que para dar en el clavo es necesario partir de una acción común, de un esfuerzo conjunto, de una tarea realmente latinoamericana. Debemos integrarnos y debemos conocernos. Y en ello juegan un papel fundamental el libro y la información.

Muchas veces me pregunto, en relación con la labor de la CEPAL hasta dónde habría llegado su influencia si sus publicaciones hubieran tenido la difusión que merecían y no han logrado tener. Las publicaciones de la CEPAL y las de las Naciones Unidas en general han adolecido siempre de una mala distribución. El Estudio Económico anual cepalino ha cumplido sin duda su función de hacer conocer los problemas latinoamericanos gracias a su examen por los gobiernos en las reuniones de la Comisión, pero los libros correspondientes no han llegado al público, no se encuentran en las librerías, no circulan apenas cuando hubieran podido ser verdaderos best sellers, para decirlo en ese castellano en que todos nos entendemos hoy día. La experiencia —hasta ahora modesta— del Instituto está siendo distinta por fortuna. Su autonomía de acción le ha permitido contratar la publicación de sus libros con editoriales que tienen eficaces servicios de distribución y la mayoría de los que lleva publicados han alcanzado en menos de cuatro años dos y tres ediciones.

El desarrollo económico y social, la planificación, la integración de las economías latinoamericanas son temas centrales de la preocupación de nuestros pueblos. Han sobrepasado ya los círculos puramente académicos y políticos, y son motivo de discusión e interés públicos. La prensa,

/la radio,

la radio, la televisión los mueven e introducen en la opinión de los países. Pero el libro es insustituible e irremplazable para el examen a fondo, para el análisis preciso y científico de los problemas, y ese libro —cuando se publica— circula poco o no circula. Se hace aquí pero no traspasa estas fronteras, por falta de organización y distribución, por carencia de medios en la mayoría de las ocasiones, pero también —y esto es mucho más grave— por otros obstáculos que es necesario remover. Al desarrollo del libro —como al desarrollo en general cuando además se quiere llevar a planos multinacionales— se oponen las legislaciones dispares de los países, los desniveles de precios, los problemas cambiarios y de divisas, las dificultades de pagos, las restricciones arancelarias y las normas rígidas de las aduanas, el costo desproporcionado del necesario transporte rápido o su lentitud e ineficacia cuando se busca y se encuentra un medio de transporte barato, y tantos otros factores que sería casi perogrullesco mencionar en esta casa.

El libro con respecto al desarrollo económico —¿y para qué hablar de la ciencia, la filosofía, la educación y la literatura pura o impura?— es un vehículo esencial para la difusión de las ideas. Los grandes problemas del crecimiento de nuestros países necesitan de él como instrumento de investigación, información y estudio. Para la formación y capacitación de los técnicos que exige la gran empresa del desarrollo y la planificación de nuestros países no podemos seguir careciendo de manuales, de estudios sobre el desarrollo nacional y regional, de investigaciones sobre problemas generales y sectoriales de las economías, de información cuantitativa y cualitativa acerca de los llamados sectores sociales: educación, salud, vivienda, etc. Necesitamos libros y más libros que lleguen a todos nuestros países y a cada uno de los hombres inquietos o angustiados que en ellos se preocupan por el destino común.

No cabe desconocer que los problemas del libro están siendo atacados con decisión e interés en varias repúblicas latinoamericanas, pero no en todas. Sea como sea, falta un esfuerzo colectivo para conocer y

/resolver esos

resolver esos problemas no sólo parcial o nacionalmente, sino en un plano regional que aproveche a todos. Por ello creo que en el campo del libro habría que proceder con un criterio análogo al empleado con determinadas industrias como la siderurgia, la química o —más cercanamente al tema de nuestra preocupación— el papel y la celulosa. Los estudios que la CEPAL y otros organismos han hecho de esas industrias han resultado a la postre sumamente útiles no sólo para su propio desarrollo, sino para todos los planes de integración industrial que se han emprendido y están en marcha en América Latina. Hace falta ese estudio amplio, general y exhaustivo de la "industria editorial", y conste que recurro a esa denominación sin mengua de su contenido intelectual, de sus fines espirituales, estéticos o científicos últimos. A ello quiero enderezar más tarde las notas últimas de esta deshilvanada exposición.

Pero examinemos antes —recordándolos más bien y en la forma sucinta que exigen las circunstancias— algunos de los problemas que salta más evidentemente a la vista. Ahondar en cualquiera de ellos, analizarlo a fondo, requeriría una conferencia particular para cada uno y no me cabe duda que todos merecerán la atención de otros conferenciantes invitados a este curso.

La producción editorial de la mayoría de nuestros países —exceptuados la Argentina y México, en cierto grado Chile y más recientemente Venezuela— se dedica preferentemente al mercado interno, de limitadas dimensiones por su propia naturaleza. De ahí las tiradas cortas de mil a tres mil ejemplares, con costos muy elevados y precios forzosamente altos y superiores a la capacidad adquisitiva de los lectores posibles. El esfuerzo intelectual, aparte de duplicarse y hasta triplicarse, se desaprovecha por lo cerrado del marco en que se ejerce en forma aislada. Cuánto podría hacerse en nuestra América Latina si, en lugar de trabajar en compartimentos estancos, las tareas fueran comunes y ese esfuerzo, que a veces se hace heroicamente frente a la incomprensión nacional, se coordinase con inteligencia e imaginación con el que otros realizan también en idénticas o parecidas condiciones.

/Por lo

Por lo que toca al papel, la producción nacional suele ser —también con escasísimas excepciones— poco eficiente y de baja calidad. Los precios son elevados y encarecen un libro que es pobre de presentación, pese a la gran tradición tipográfica que tienen varios países latinoamericanos y que en algunos casos me atrevería a calificar de insigne en la historia de la imprenta. Las trabas a la importación de papeles extranjeros mejores y más baratos hacen todavía más sombrío el panorama.

La maquinaria de imprenta es en general antigua y en ocasiones hasta anticuada. Reemplazarla adecuadamente representaría grandes inversiones que no suele permitir el tamaño de las empresas. Cuando ese tamaño permite tales inversiones y hay recursos para enfrentar el problema, se presentan también otras trabas de tipo aduanero. Con todo, pese a tanto obstáculo, en la mayoría de los casos se podría operar satisfactoriamente si hubiera una buena preparación técnica y se pudiera disponer de un servicio adecuado de repuestos. Cuando esas condiciones se cumplen —y por fortuna no escasean los ejemplos alentadores— en algunos países se publican libros que pueden codearse en calidad y presentación con los mejores de otras regiones.

Las trabas comerciales para la circulación del libro son de todos conocidas y por todos lamentadas, pero hasta ahora nadie les pone remedio y aun podría afirmarse que cada día se hacen más rígidas e inflexibles. En las negociaciones de libre comercio siempre parecen tener prioridad sobre el libro otros productos que no nos parecen tan indiscutibles como él. Es urgente encontrar un remedio latinoamericano a este problema. Las normas arancelarias parecen ser tan eficaces en un sentido negativo como la censura, que es un flagelo contra la libre circulación de las ideas, y por lo tanto de los libros. Sé que hablar de la censura quizá no resulte "político" porque además formalmente no existe —aunque se ejerza— en tantos lugares de América Latina de cuyos nombres no quiero acordarme. Pero no me resisto —quizá como español de origen y sobre todo como español americano— a mencionar el hecho de que se da otro tipo insidioso de censura: la inhibición consentida (forma de censura larvada y tal vez más grave) de los escritores mismos y de los editores, fuente

/de un

de un desánimo fatalista que engendra sin duda la inobservancia de los derechos humanos en no pocos de nuestros países.

A las trabas arancelarias se añaden las dificultades de divisas, y la imposibilidad casi absoluta en ocasiones de retornar y hacer efectivo el producto de las ventas en otras Repúblicas. Los problemas cambiarios redundan en precios prohibitivos. Así, los libros que tendrían un gran mercado y que el público espera ansiosamente resultan inasequibles muchas veces. (El más grande poeta chileno actual publica en la Argentina y su editor tiene prácticamente la exclusiva de su obra. Aunque sus poemas no tengan precio, muy elevado resulta el de la cubierta de sus libros siempre buscados.)

Como antes dije, el transporte es también un gravísimo problema sobre todo por su lentitud. Como ejemplo, cabría señalar que un libro mexicano tarda no menos de tres meses en llegar a Santiago de Chile. La única vía que podría prestar un servicio eficiente --el transporte aéreo-- es carísima. El envío de libros como carga aérea y con tarifas preferentes sería indudablemente la solución ideal, pero hasta ahora nadie le pone el cascabel a ese gato.

Hablando en general, se carece de los servicios bibliográficos imprescindibles para una acción combinada e inteligente en el campo de la producción y distribución de libros. A las afortunadas excepciones que ya existen --y en la que querría destacar la estupenda labor que en la Argentina cumplen Bowker Editores-- espero que muy pronto se sume la actuación de este Centro que debe en mi opinión hacer un esfuerzo muy especial en este sentido. Y su posición regional le dará sin duda mayor amplitud, más generosa esfera de investigación y resultados a la documentación que publique y haga circular para bien de todos.

Los problemas de distribución son crónicos y no parecen tener remedio salvo en los casos de editoriales bien conocidas de España y de América que han logrado organizarla en forma eficaz. Se trata, sin embargo, de triunfos y logros aislados que además perjudican en no pocas ocasiones a editores con menores recursos, pues se ven imposibilitados de participar en las cuotas de importación que fijan algunos países.

/Quizá este

Quizá este Centro --no sé si le estoy echando encima demasiadas tareas-- pudiera estudiar y propiciar la fundación de una gran distribuidora latinoamericana de libros apoyada por los gobiernos y que estableciera una red de sucursales estratégicamente situadas a lo largo del continente. Esa distribuidora podría surtir a las librerías nacionales de libros publicados en todos los países y además podría ampliar sus mercados en el exterior. Dados el auge del español y el interés que suscitan los problemas de esta región, los Estados Unidos y los países europeos constituyen sin duda una clientela potencial para los libros latinoamericanos cuya importancia no aprecian todavía muchos de nuestros editores.

Esa regionalización de la distribución podría asimismo llevarse al plano de la publicación por ejemplo en materia de ciertos textos escolares y universitarios que tuviesen validez latinoamericana. La enseñanza de la economía es ya un ejemplo a seguir en no pocos casos. Son muchas las universidades de América Latina que tienen como textos libros del Fondo de Cultura Económica de México y los cuadernos y libros de nuestro Instituto de Santiago se utilizan ya en varias facultades del continente. Quizá este Centro de ustedes pudiera aprovechar el talento científico y técnico de América Latina en torno a determinados temas y cátedras y promover la publicación de los textos correspondientes para todos nuestros países. Aunque esto no valga para la creación poética y literaria ni para la investigación científica de altos vuelos, que es tarea estrictamente personal, ¿qué duda cabe que sería de un enorme interés propiciar la publicación de grandes colecciones que recogiesen los clásicos americanos y los grandes escritores vivos, y que dieran a conocer los nuevos valores?

De este modo, cabría intensificar la práctica ya establecida en parte de sistemas y acuerdos editoriales en el plano regional que permiten imprimir con las matrices originales de una edición hecha en determinado país ediciones en otros países. Con ello se abarataría la producción, se protegerían intereses industriales nacionales, se ahorrarían divisas, gastos y trámites de exportación, importación y transporte, y sería posible surtir con mayor amplitud y rapidez los mercados internos.

/No sobra

No sobra añadir algo en relación con una gran necesidad sentida por todos y sólo muy parcialmente satisfecha. Me refiero a las ediciones populares de divulgación tanto de obras didácticas como de obras de esparcimiento. Es ésta una gran responsabilidad de los gobiernos y de los centros de estudio, así como de aquellas empresas privadas que han tenido sensibilidad frente al problema de crear el gusto por la lectura en el gran público o en las "masas", según sea la terminología que quiera emplearse. Para ello se requieren ediciones de buen contenido, atractivamente presentadas y de bajo precio. Existen ya algunos buenos esfuerzos en ese sentido —y me parece ejemplar el que realizó EUDEBA en la Argentina que es pena que tuvieran que interrumpirse— pero también hay que deplorar —aunque sea excelente la intención de fondo— otros ensayos en los que el mal papel, la pésima presentación y la edición descuidada conspiran contra lo que se persigue y mal educan —con enorme daño— precisamente a aquéllos a los que se quiere educar y cultivar. No olvidemos que a la ética se puede y se debe llegar a través de la estética.

Querría hacer ahora alguna aclaración que me parece pertinente. Yo pedí —incluso por cable— a los organizadores de estas conferencias ciertas orientaciones para redactar las notas que estoy leyendo. Me dijeron, muy generosamente, que no necesitaría orientación alguna dada la experiencia que se me supone, pero me indicaron que podía, entre otras cosas, averiguar algo que no se conoce, sobre todo —subrayo el sobre todo— en las esferas gubernamentales, que es la importancia de la industria editorial como moderadora de los sectores gráfico y papelería dentro de la industria manufacturera. Quise averiguarlo dentro de la presión del tiempo con los especialistas y estadísticos de la CEPAL y el Instituto, pero he de confesar que los datos disponibles —para usar la frase clásica— no me permitieron a mi (lego de tomo y lomo en material industrial) hacer interpretación alguna. Eso no hubiera tenido mayor significación o importancia. Pero lo serio está en que los estadísticos consultados —que son realmente gentes preparadas y responsables— me reconocieron que sus datos sólo podían responder

/parcialmente a

parcialmente a esa pregunta y que el peso del rubro gráfico sólo podía medirse como un índice puramente manufacturero. Por una vez —y sin que esto sienta precedente— coincidimos los estadísticos y los aprendices de poetas, que al fin y al cabo buscamos —cada uno en su campo— un posible universo al que referir nuestros problemas. Y la coincidencia estuvo en que teníamos varios datos, pero no sabíamos nada de nada, y en que, aunque fueran ricas esas informaciones y porcentajes en función del producto bruto de este o el otro país —sin poder abarcarlos a todos—, las cifras no eran representativas porque sólo guardaban relación con aspectos muy parciales del problema total. El lector interesado puede consultar un documento de la CEPAL (E/CN.12/L.49) en que se dan los principales indicadores derivados de los censos y encuestas industriales. Para que se vea que estoy al día, a pesar de mi ignorancia, ese documento es de octubre de este año, y lo pongo a disposición del Centro.

Aunque quizá siga hablando de memoria, todo ello vino a confirmar que las estadísticas disponibles no sirven para ensayar una interpretación coherente de algo que es más complejo. Al igual que lo es preguntarse —como a mí me preguntaron— si existe una relación entre el ingreso por habitante y la producción editorial.

¿Qué difícil medir, analizar, interpretar esa relación? ¿Quién lee más en las sociedades latinoamericanas en que vivimos? Conozco gentes que por sus altos ingresos podrían ser compradores y hasta lectores de libros, pero que consumen otros productos menos peligrosos para el gozo tranquilo de la comodidad que les queda. Y también conozco otras gentes que apenas saben leer pero que se afanan en hacerlo y que son "consumidores" del libro. Es este, por muchos motivos, un producto que —aunque no se catalogue o clasifique como esencial— puede competir subjetiva, emocionalmente con otros artículos de primera necesidad. Pero, ¿es posible medir ese fenómeno? ¿Cabe ponderar estadísticamente el peso del libro en cotejo con el de otros bienes y servicios en la composición del producto? No lo creo. El libro está fuera de esa

/medida, a

medida, a menos que sólo se considere y analice el valor del papel y la tinta que lo sustentan y de la mano de obra que lo ha elaborado. Por ello considero que el libro —aunque se quisiera ver desde un ángulo puramente industrial y económico— no puede encasillarse o clasificarse como una rama industrial, sino que hay que verlo —y no suene esto a redundante— en función de su función.

Quizá me he extendido demasiado —olvidando desde luego muchos— en la enumeración de problemas y de las posibles soluciones. Lo peor de todo es que me queda la sensación de haberlo hecho superficialmente y a la ligera, porque en una charla como ésta no caben consideraciones y análisis de fondo. De todas maneras, desearía haber dejado en el aire de esta sala algunas inquietudes que quiero hacer desembocar en la propuesta concreta que antes anuncié: es necesario y urgente un estudio completo de la industria editorial desde un punto de vista tanto cultural como económico.

Hace muchos años, cuando era Director de la División de Industrias de la CEPAL su actual Secretario Ejecutivo, don Carlos Quintana, se lo propusimos conjuntamente al distinguido editor chileno don Ramón Zañartu, Presidente entonces de la Cámara del Libro, y yo. Quintana acogió el proyecto con entusiasmo, pero se tropezó con la falta de recursos y no se llegó a nada. Por otro lado, aquel posible estudio, aunque hubiera sido útil desde el punto de vista industrial y económico, no habría llevado las cosas a donde hay que llevarlas. La "industria editorial" —y reitero las comillas en que la he puesto siempre porque así conviene y porque es algo más que una industria o una rama industrial vuelvo a repetirlo— no puede analizarse sólo en función de su maquinaria, de la capacidad instalada y la productividad, de la mano de obra y los insumos, de la comercialización —así dice ahora la Academia— de sus productos y de otros etcéteras que serían los clásicos componentes de un estudio de este tipo. Entran en juego otros factores que no son estrictamente industriales ni económicos. Esos otros factores no son competencia de la CEPAL dentro de las esferas de acción y las jurisdicciones que sabiamente o no tan sabiamente —lejos de mi ánimo a

/emitir juicios—

emitir juicios— se acostumbran en las Naciones Unidas. El estudio tendría que ser también de la UNESCO como tantos otros que la UNESCO ha realizado dentro de las actividades que le fueron asignadas en su calidad de organismo especializado en el campo específico de la educación, la ciencia y la cultura.

Por lo tanto —y aquí es donde me gustaría conocer la posición de este Centro que está iniciando sus labores— el estudio de la "industria editorial" no es sólo un estudio económico que corresponda a la CEPAL o a nuestro Instituto, sino un estudio en el que la UNESCO tiene mucho que aportar. Sería el caso típico de un estudio conjunto y cabría propiciarlo así porque es sumamente necesario hacerlo.

Sin embargo, querría sugerir aquí algo que quizá no es ortodoxo, y por ello insisto una vez más al final de esta charla en que sólo hablo a título personal. Mi sugerencia se sale del marco normal de los arreglos que se hacen para este tipo de estudios conjuntos entre organismos que trabajan en campos distintos pero que entran en otro campo general de interés común. El estudio en que pienso habría de contar con el apoyo y los recursos necesarios de la CEPAL o el ILPES y de la UNESCO, pero debería realizarse en el contacto más estrecho con la "industria editorial" misma, es decir, con las empresas editoras, con las cámaras nacionales del libro e incluso con los escritoras. Y sería esencial incorporar a su realización a los expertos en este campo para que se tuviesen plenamente en cuenta factores extraeconómicos y yo diría también que extraculturales y se enfocasen las cuestiones y problemas del libro desde el ángulo del oficio mismo, tan diverso en su unidad aparente. Este Centro bogotano, pero de América Latina, podría ser, en ese sentido, el catalizador del esfuerzo de los organismos de las Naciones Unidas y de todos esos otros expertos, instituciones y entidades editoriales que son los verdaderos protagonistas de esta historia. El estudio de la industria editorial sería así un estudio vivo, realista, que alcanzaría la raíz verdadera de los problemas que urge resolver y que tocan tan de cerca, tan a lo hondo, a la integración

/y el

y el desarrollo económico de América Latina. El escritor siempre sueña en su libro y ahora no hablo como escritor porque parecería que sueño en él, y no es ese el caso. Lo que importa es que ese estudio puede ser un buen libro, pero no un buen libro o un buen estudio más, sino un instrumento de acción y de altísima política, un libro en definitiva que llene a América Latina —fomentándolos, empujándolos en todos los terrenos— de los libros que le están haciendo falta.